

Washington, D.C. 06 de junio de 2016

Discurso de la Canciller Claudia Ruiz Massieu, en el Comité Judío- Americano (AJC) Global Forum

Amigas y amigos.

Es un verdadero privilegio estar aquí hoy y quiero dar las gracias al AJC por su hospitalidad y su amable invitación. Stanley, David and Dina: Gracias por invitarme esta noche.

Me siento particularmente honrada de compartir este foro con dos mujeres distinguidas, inteligentes y fuertes: la asesora de Seguridad Nacional, Susan Rice, y la Alta Representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, Federica Mogherini.

Susan, Federica: Ustedes son verdaderas líderes globales. Su trabajo es ampliamente reconocido, son prueba fehaciente de cómo los países y las sociedades se fortalecen cuando se empodera a las mujeres y estas tienen acceso a posiciones de influencia y decisión.

Hace sólo unos meses, nos reunimos en la Ciudad de México para celebrar la primera década del Instituto Belfer; hoy nos volvemos a encontrar aquí, entre buenos amigos con los que compartimos valores e intereses.

Ustedes saben, la amistad es un regalo que no se puede prometer con palabras, sino que se demuestra con hechos.

Y me siento orgullosa de decir que los pueblos mexicano y judío han forjado una amistad duradera, basada en la solidaridad mutua en épocas de prosperidad, pero sobre todo en momentos difíciles.

Entre 1939 y 1942, Gilberto Bosques, nuestro Cónsul en París, fue uno de los pocos diplomáticos que, enfrentando enormes riesgos personales, albergó y emitió visas humanitarias a cientos de judíos buscados por la Gestapo, pero que gracias a sus esfuerzos encontraron refugio seguro en México y se convirtieron en parte de nuestra familia nacional.

Sin embargo, nuestra historia comienza mucho antes, para los primeros judíos que llegaron a México en 1519, con los españoles.

Y desde entonces, y sobre todo en los siglos XIX y XX, diferentes oleadas de inmigrantes judíos han enriquecido el paisaje multicultural de México.

Y déjenme decirles no ha sido una excepción. Cientos de chilenos, argentinos y de otros pueblos de América del Sur encontraron refugio en nuestro país, cuando las juntas militares gobernaron en muchas capitales de la región. México también recibió miles de españoles que huían del régimen fascista de Franco.

Esta tradición de puertas abiertas es algo que tenemos en común con Estados Unidos.

En el siglo XX, miles de personas de diferentes nacionalidades, japoneses, armenios, libaneses, chinos y muchos otros llegaron a los puertos mexicanos al igual que arribaban a Ellis Island en el siglo XIX alcanzando una tierra de paz, donde podían prosperar con sus familias.

Esta tradición consolidó la solidaridad, como quedó demostrado en 1985, cuando el terremoto más terrible sacudió la Ciudad de México.

En esos días, muchas vidas fueron salvadas porque amigos y aliados de todo el mundo como Israel, no dudaron en enviar misiones y ayuda humanitarias.

Estos ejemplos no son sólo anécdotas, sirven como prólogo para construir juntos un futuro mejor.

Parte de nuestro futuro compartido se está construyendo aquí en Estados Unidos, hogar de ambos, las mayores diásporas judías y mexicanas en el mundo.

Estados Unidos es la tierra de los libres y el hogar de los valientes; pero también es la tierra de los pioneros y el hogar de inmigrantes.

Al igual que cualquier vecino, hemos tenido que aprender a trabajar juntos, a entendernos mutuamente y a respetarnos uno a otro.

Es un viaje permanente que a menudo plantea desafíos, pero también uno en el que nuestros valores comunes e intereses compartidos nos han dado la fuerza para seguir adelante y para superar el miedo y la sospecha.

En el siglo XIX la relación con nuestro vecino del Norte estaba tan llena de sospechas que alguien acuñó la frase: “Oh, pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos”. Por cierto, un amigo judío me dijo una vez que él lo expresaría de forma diferente: “oh Israel, tan cerca de Dios, pero tan lejos de los Estados Unidos.”

Bueno, esos días se fueron hace tanto tiempo que ahora podemos bromear al respecto. Hoy en día, nuestra frontera con EE.UU. es una fuente de prosperidad y de oportunidades para ambos países.

Cuando vemos las cifras, se llega a una conclusión que no se escucha en la campaña electoral en estos días.

Por lo tanto, la voy a decir aquí, fuerte y claro, porque es importante. Estados Unidos se beneficia, en gran medida, de la relación económica con México; y el pueblo estadounidense se beneficia, inmensamente, de la presencia de los mexicanos en este país. Esto es natural, porque somos aliados y amigos.

Vivimos en un mundo en el que ningún país puede enfrentar solo los grandes retos económicos del siglo XXI. La competencia es feroz, por lo que la región que demuestra ser más competitiva, negociará más bienes y exportará más servicios. Esto atraerá más inversión y creará más puestos de trabajo.

Esta es la razón por la que estamos convencidos de que una de las mejores formas para que Estados Unidos mantenga e incremente su competitividad global, es consolidar y expandir el comercio, la inversión, la cooperación y las cadenas integradas de valor con México.

La red mexicana de 12 Tratados de Libre Comercio con 46 países significa que las compañías estadounidenses que manufacturan en México, tienen acceso a un mercado libre de impuestos que representa el 60 por ciento del mercado mundial.

En años recientes, debido a un incremento en la productividad, los costos de manufactura en México han caído incluso por debajo de los de China.

La cruda verdad es que hoy más de 6 millones de empleos de Estados Unidos dependen de la relación comercial con México. Esto representa un número mayor a toda la población judía en este país. Entonces, permítanme desmentir uno de los mitos más grandes: no robamos trabajos a las compañías estadounidenses. Por el contrario, somos vitales para millones de mujeres y hombres que proveen a sus familias en este lado de la frontera.

Mientras que las cadenas de producción se continúan integrando, nosotros estamos siendo testigos del surgimiento de un nuevo paradigma: México y Estados Unidos no sólo comercian entre ellos, construyen cosas juntos: desde automóviles, que cruzan ocho veces nuestra frontera en el proceso de producción, hasta teléfonos inteligentes y computadoras; desde cerveza hasta lo último en *learjets*.

De hecho, al comprar productos mexicanos están ayudando a la economía estadounidense; en promedio 40 por ciento del contenido de las exportaciones mexicanas fue hecho en Estados Unidos. Así es: 40 centavos de cada dólar que se gasta en productos mexicanos apoya el empleo en Estados Unidos.

Y verán más productos mexicanos en sus tiendas locales: para 2018, Estados Unidos importará más de México que de cualquier otro país, de tal forma que “Hecho en México” superará “Made in China”.

Esto es extraordinario pero no sorprendente, si consideran que cada minuto de cada hora, de cada día, México y Estados Unidos comercian más de un millón de dólares. Para darles una idea de la importancia de nuestra relación comercial, en 2014 alcanzamos un récord histórico de 534 mil millones de dólares, esto significa que México exporta 3.1 veces más a Estados Unidos que Brasil, Rusia, India y Sudáfrica en conjunto.

La economía estadounidense también se beneficia de nuestro ya vasto y creciente mercado interno. Hoy 39% de la población mexicana es clase media; esto representa cerca de 44 millones de personas, lo cual es mayor a la población total de Canadá.

Y créanme, esto es bueno para Estados Unidos: las exportaciones de Estados Unidos a México son mayores que las de China y Japón en conjunto.

México también trae prosperidad a esta gran nación mientras invertimos. Hoy, la inversión mexicana en Estados Unidos equivale a 17.6 mil millones de dólares y ha crecido más de 35 por ciento en los últimos cinco años. Entonces, definitivamente no somos el problema, somos parte de la solución.

La presencia de inversiones, productos y servicios mexicanos es mayor de lo que muchas personas se imaginan, abarcando todos los estados, múltiples sectores. Por ejemplo, yo sé que todos esperarían que *Mission Foods* de México fuera el mayor productor de tortilla. Pero la hamburguesa que regularmente comen, puede ser más mexicana de lo que podrían imaginarse.

Estados Unidos es el principal destino para la comida mexicana, un mercado anual de seis mil millones de dólares. Desde la fase uno en la que se inicia la cría del ganado hasta que la carne de res llega a su mesa, cruza nuestra frontera entre 4 y 5 veces.

Entonces probablemente han estado comiendo productos de SuKarne, una empresa transnacional mexicana y uno de los proveedores líderes en Estados Unidos.

Ahora, tomemos los bollos, los cuales perfectamente podrían estar hechos por Bimbo, la panificadora más grande en todo el continente y el jitomate, muy probablemente mexicano pues somos el segundo exportador mundial de este producto, Y ¡no olviden el aguacate! Y adivinen qué. Sí es correcto, somos el primer exportador a nivel mundial.

Y para el registro. Se estima que 139 millones de libras de aguacate, esto es, 278 millones de aguacates individuales, fueron consumidos durante el domingo del Súper Tazón. Sí... 13 por ciento más aguacates fueron comidos que en 2015. Ahora, relájense y lean el New York Times, o vayan de compras a Saks Fifth Avenue, ambas firmas icónicas de los Estados Unidos fuertemente respaldadas por inversiones mexicanas.

Y por favor no se sorprendan si sus oficinas o casas están construidas con productos mexicanos, porque Cemex es el primer fabricante de cemento y concreto de Norteamérica. De hecho, están construyendo dos de los más innovadores rascacielos en Estados Unidos, la Salesforce Tower, que se convertirá en el edificio más alto de San Francisco, y la Torre

Panorama en Miami, que será la estructura residencial más alta en la costa Este fuera de la ciudad de Nueva York.

México se ubica en el top ten de la industria a nivel mundial en sectores como: el automovilístico, electrónico, manufactura de precisión, telecomunicaciones, aeroespacial, alimentos, productos químicos, energía renovable, dispositivos médicos, componentes metálicos, productos farmacéuticos y plásticos. Que quede claro: México contribuye a fortalecer estos sectores para el beneficio de nuestro más cercano y más importante aliado: los Estados Unidos.

En este punto como pueden ver, las contribuciones de México al mundo y a los Estados Unidos en particular no son enormes, ¡son talmúdicas!

Pero lo más importante, y para consternación de los que se aprovechan de la desinformación y el miedo para obtener beneficios políticos, el pueblo mexicano es y ha sido siempre una presencia positiva y una fuerza para el bien de Estados Unidos. Esto no es una opinión: Es un hecho.

La población de origen mexicano en Estados Unidos, que es de aproximadamente 35.5 millones, genera el 8 por ciento del PIB de EE.UU., y los migrantes de origen mexicano poseen 570 mil empresas: una de cada 25 en el país.

La relación México-Estados Unidos es fuerte debido a que es el producto de su gente. Nuestra zona fronteriza de 2 mil millas es el hogar de una comunidad binacional de más de 14 millones de personas en 10 estados.

Contrario a lo que ha sido repetido de manera irresponsable últimamente, los migrantes contribuyen a este país con su trabajo honesto y duro. Ganan alrededor de 240 mil millones de dólares al año; pagan 90 mil millones en impuestos; y utilizan únicamente alrededor de 5 mil millones en servicios públicos y prestaciones.

Los datos indican que hay menos, no más mexicanos que emigran a EE.UU. y simplemente en 2012 la tasa de migración entre nuestros dos países alcanzó un cero, y está decreciendo.

Aquellos migrantes mexicanos que aún están llegando a Estados Unidos son cada vez más educados, más hábiles y más calificados.

Así el futuro y la viabilidad de Estados Unidos como una potencia económica dominante en el siglo 21 está por consiguiente relacionada con el éxito de su población migrante.

Debido a todas estas razones y más, la alianza México-Estados Unidos es inamovible. Tiene raíces profundas y robustas; es lo suficientemente madura para soportar cualquier coyuntura política, y va mucho más allá de este proceso electoral sin precedentes.

Sin embargo, no podemos tomar este desafío a nuestro futuro compartido y valores comunes a la ligera. Debido a que nuestro problema no es uno de fronteras cerradas, sino uno de mentes estrechas.

De esta manera seguiremos trabajando juntos, proporcionando hechos, verdades e información objetiva de los bloques de la fundación de la relación duradera, mutuamente fructuosa, cimentada en confianza mutua y respeto.

Trabajando juntos para empoderar a nuestras comunidades.

Damas y caballeros:

En su magnífica autobiografía, *Una historia de amor y oscuridad*, Amos Oz nos describe cómo cuando su padre era un niño pequeño en Polonia, las calles de Europa estaban cubiertas con grafiti: “Judíos, vuelvan a casa”.

Hoy en el siglo XXI, aquí en Estados Unidos, un clima de intolerancia está enviando un mensaje similar: “Mexicanos, vuelvan a casa”.

Y en otras muchas partes del mundo.

Y en muchas otras partes del mundo, visiblemente el mundo occidental, estamos siendo testigos de la misma tendencia: “Migrantes, vuelvan a casa”

El contexto es absolutamente diferente, pero en su núcleo se encuentra el mismo razonamiento preocupante las mismas mentiras el mismo hedor punzante de la intolerancia ¡Menospreciar a aquellos que son diferentes! ¡Culpar a las minorías! ¡Demonizar al extranjero! Bueno, déjenme decirles quienes son esos “extraños”.

No es distinto de los judíos estadounidenses de todos los ámbitos de la vida, los mexicano-estadounidenses y los migrantes mexicanos son los que aran la tierra y se aseguran de que haya comida en nuestras mesas.

Son médicos, académicos, agricultores, empresarios, policías, ganadores del Oscar, atletas, y también son soldados que van a combatir en el extranjero para que la libertad se encuentre sana y salva en casa.

Cualquiera que piense que las puertas cerradas entre Estados Unidos y gente talentosa, trabajadora harán a Estados Unidos más fuerte es mentirosa: Sólo se haría más débil.

Aquellos que buscan sacar provecho político estigmatizando a esa gente, ya sean mexicanos, judíos, musulmanes, personas de color, asiáticos están equivocados ya que este país fue fundado sobre el mismo principio de la verdad evidente de que todos los hombres y mujeres están dotados con los mismos derechos inalienables: vida, libertad y la búsqueda de la felicidad.

Y saben, esta idea de que todos somos iguales en dignidad es uno de los más importantes conceptos judíos.

Esa idea, que hoy suena como sentido común, fue revolucionaria hace 3 mil años, cuando se convirtió en fundamento para la ética judía. En primer lugar, de manera religiosa y posteriormente de manera secular, se extendió por todo el mundo, y hoy es la piedra angular de lo que entendemos colectivamente como “civilización”.

Sin embargo, en muchas partes del mundo parece que hay demasiadas personas demasiado dispuestas a olvidar las lecciones de la historia.

Agresiones contra los judíos ocurren en todo el mundo de manera cotidiana, y los estereotipos están muy extendidos, incluso en las sociedades más avanzadas. Es desgarrador presenciar que entre los lugares con las tasas más altas de incidentes están Francia, Reino Unido y otros países europeos, donde *Aliyá* está en aumento.

Vivimos una época que nos pide estar atentos y cerrar filas. “Solidaridad Global” es la palabra de moda.

Y esto es precisamente uno de los principales pilares de la visión de Estado del Presidente Enrique Peña Nieto. Deseamos que México continúe contribuyendo a las más nobles causas de la humanidad confirmando y fortaleciendo nuestra responsabilidad global.

Si la historia nos ha enseñado algo es que cuando se permite la discriminación contra un grupo, sólo es cuestión de tiempo antes de que empiece contra otros. La pasividad envalentona a los intolerantes y florece en medio del silencio.

De tal manera que debemos de ser fuertes y enérgicos, y no ser temerosos. Debemos de levantarnos para dejar las cosas en claro.

La historia también nos ha enseñado que cada vez que somos capaces de unir nuestra voluntad, nuestras voces, nuestras acciones, los pocos que promueven la ignorancia, el prejuicio y el miedo no ha podido contra los muchos que defienden la justicia, la libertad y la esperanza.

Los mexicanos y los judíos participamos en esta herencia en común. Son nuestros valores compartidos los que nos unen: el respeto a la pluralidad, la diversidad, la libertad y la tolerancia.

Como sociedades, también compartimos muchos rasgos: ambos consideramos la importancia de la familia, y el rol de las madres y las mujeres en nuestra sociedad somos países multiculturales y multiétnicos, con economías liberales y democracias vibrantes.

De tal manera no debe sorprender que la comunidad judía mexicana la tercera más grande de América Latina, no sólo se sienta como en casa en México, sino que ha hecho a México su casa.

Los judíos mexicanos han prosperado con éxito y han contribuido a nuestro desarrollo nacional: en la ciencia, los negocios, la filantropía, las artes, los servicios públicos, la academia, y en casi en todos los campos, México se beneficia y es fortalecido gracias a su comunidad judía.

Y déjenme decirlo fuerte y claro: combatir el anti-semitismo, al igual que confrontar sentimientos anti-mexicano, no es un asunto judío, ni un asunto mexicano.

Es una batalla común de derechos humanos y un asunto de dignidad universal que va más allá de la raza, la religión, la ideología o las políticas.

Y este asunto ¡simplemente no es negociable!

Es por eso que quiero reconocer al *American Jewish Committee*, porque desinteresadamente, ha levantado su voz en favor de los derechos humanos y la decencia humana.

Han traducido las palabras en acciones, y su visión y trabajo han trascendido las fronteras raciales, nacionales y religiosas.

Especialmente, deseo reconocer su férrea defensa de los inmigrantes en Estados Unidos. Al hacerlo, han inspirado a otros a abandonar la apatía y perder el miedo y seguir su ejemplo.

Y esto también ha estado en el centro de las tradiciones y la ética judías, desde que se escribió: “debes amar a los extranjeros, porque alguna vez tú también fuiste ajeno en tierras extranjeras.”

Por años, el instituto AJC's Belfer ha cooperado con el intercambio de experiencias con México en liderazgo y compromiso social entre activistas, autoridades y líderes comunitarios mexicanos, judíos y mexicano-estadounidenses, autoridades y organizadores de comunidades. Estamos aprendiendo de ustedes cómo empoderarnos a nosotros mismos.

Estamos agradecidos por su apoyo, y quiero decirles que estamos listos para llevar nuestra sociedad al siguiente nivel. Por eso hoy, la red entera de consulados mexicanos en Estados Unidos la más grande que cualquier país tenga se reúne aquí, junto con docenas de líderes de la comunidad mexicana-americana de todos los estados de esta gran Unión.

Sólo una organización del calibre del AJC podría haber alcanzado esta participación.

El historiador británico Paul Johnson una vez escribió: ninguna persona insistió más firmemente que los judíos que la historia tuviera un propósito y un destino de humanidad.

Hoy tenemos la oportunidad de ser los diseñadores de este propósito y ser los arquitectos de ese destino.

Como dije al principio, esta es la tierra de los pioneros, y por definición no se conciben fronteras, las empujan.

Esta es la mera esencia, el DNA de esta nación, desafiar fronteras, sean físicas intelectuales de raza, o credo.

Compartimos aspiraciones y defendemos valores comunes.

No tengo duda, de que trabajando juntos, el futuro que heredemos a nuestros hijos será uno en el que:

La esperanza prevalecerá sobre el miedo,

La razón sobre la ignorancia,

La libertad y la dignidad sobre la discriminación y el fanatismo.

ooOOoo

Síguenos en Twitter: [@SRE_mx](https://twitter.com/SRE_mx)

Plaza Juárez 20, P.B. Col. Centro
Del. Cuauhtémoc, Ciudad de México., 06010
t.+52 (55) 3686 5210 | 3686 5214
www.sre.gob.mx